

zado de haber perdido su causa y faltado á sus deberes. No apercibí en él ningún escrúpulo de conciencia. Miraba la ley como pudiera hacerlo un salvaje que desprecia las instituciones humanas y que en su guarida se vuelve dulce, hospitalario y sociable.

Pensando en él conocí más que nunca cuánto debíamos á nuestra madre, que había luchado siempre para no entregarle la educación de sus hijos. ¿Dónde me hubiese llevado, si hubiese hecho de mí un asociado de Pérez ó el marido de su hija?

Me esforcé en pensar sin emoción en aquella mujer que, sin saberlo, había tenido un papel tan importante en mi vida. Me felicité de no haberla visto en mi primera excursión á Panticosa; y sin embargo, ¿quién sabe si mi amor hubiese hecho de ella una mujer honrada?

Casi todos los que me habían hablado de ella la compadecían, y los que la habían conocido y tratado, habían quedado prendados de su gracia y de su hermosura. Traté de recordarla. Había hecho en mí la impresión que produciría la aparición de un ángel. ¿Había en ella cierta seducción particular, ó era mi imaginación la que la representaba así?

IV.

Volví á Pau, donde informé á mi madre del inútil resultado de mi viaje. Entonces me dijo ésta que se contentaba con vivir de la renta de lo que habíamos realizado, impidiendo con su perseverancia y su economía perjudicarnos en lo más mínimo.

—No hables de mí ni te inquietes—respondí; —no te seré gravoso más que el tiempo necesario para terminar mis estudios, que emprenderé con más afán que nunca.

Traté de ganar con grandes esfuerzos el tiempo que había consagrado á nuestros asuntos de familia, y volví á Montpellier, encontrando á mi querido Vianne siempre estudioso y formal, hablando de mi hermana como de su ideal más puro, pero sin dejar sus estudios ni perder la cabeza, como me había sucedido á mí en el primer año de mi amor por Manuela. Sin revelarles lo que concernía á mi padre, le conté esta aventura. Extrañó encontrarme tan romántico con mi cuerpo de atleta y mi rostro que rebosaba salud.

—Noto una cosa—me dijo— y es que, según el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

carácter, la fisonomía y los gustos de un joven, se pueden deducir sus inclinaciones y predecir la marcha de su existencia, exceptuando un punto esencial, independiente de todo lo demás y misterioso, por no decir ilógico: la naturaleza de sus ideas sobre el amor. Creo saber al examinarte, que eres activo, estás lleno de valor, eres naturalmente casto, muy generoso é inclinado á acciones caballerescas. Todo esto no basta, sin embargo, para que te declare al abrigo de alguna gran tontería en desacuerdo con tan felices instintos, porque ignoro de qué manera amarás á la mujer. Lo que acabas de decirme me extraña, y parece propio de un temperamento linfático-nervioso, de algún pálido estudiante de los cuentos de Hoffman, mientras que tu organización es la de un cazador ó la de un pastor de las montañas de España. Te estudiaré más bajo ese punto de vista, y te diré lo que haya descubierto, á fin de que si hay peligro te preserves de él, y si hay fatalidad la combatas. No soy de aquellos que creen que la fatalidad ó inclinación orgánica es imposible de vencer.

Cuando la casualidad trajo más tarde esta conversación y dejé ver á mi amigo cierta solicitud y compasión por la hija de Pérez, me dijo:

—¿Sientes no haber podido hacer la experien-

cia de casarte con ella para hacerla una mujer honrada? No digo que no lo hubieras conseguido, porque no la conozco; pero vuelvo al examen de tu manera de amar. Eres de aquellos que tienen en sí mismos una confianza excesiva, y que bajo pretexto de respeto por la naturaleza humana, creen, gracias á sus perfecciones, santificar cuanto tocan.

—No te burles—le dije—porque ya sabes que soy un rústico que no hago teorías ni me conozco, y por consecuencia ni me desprecio ni me estimo. Me siento llevado á compadecer la debilidad y á protegerla; no me pregunto si puedo salvarla, santificarla, como tú dices, sino que me precipito á socorrer á cualquiera que cae al mar, sin pensar si me ahogará con él.

—Crees eso, lo piensas, eres sincero, no lo dudo; pero al arrojarte así al mar, es porque cuentas con tu fuerza y tu destreza. Si estuvieras seguro de perecer sin salvar á nadie, permanecerías en la orilla, ó bien te precipitarías únicamente por amor propio.

—¿Tratas de vanidad el deber de dar ejemplo?

—¡Ah! ¡dar ejemplo! ¡Eso es lo temo en tí! Eres demasiado idealista para la sociedad en que estamos llamados á vivir. Eres capaz de muchas cosas buenas, pero no estoy seguro de que fuesen todas

razonables, y precisamente si hay algo en el mundo que pida el dominio soberano de la fría razón, es la práctica de la ciencia que estudiamos. El médico no debe obedecer á la inspiración del momento, y hasta en los casos desesperados niego que tenga el derecho de escuchar la voz de su corazón.

Aquellas conversaciones eran muy frecuentes entre nosotros, y nos llevaban á veces á cien leguas del punto de partida. Esto no era conveniente, pues sucede que en estas discusiones entre jóvenes cada uno se acostumbra á mirar las ideas que defiende como una propiedad exclusiva, aunque no hayan sido muy seguras en un principio; pero la juventud sólo vive de teorías, y la sociedad presente es más positiva. La madurez, lejos de disipar los errores de la juventud, se apodera de nuestras creencias ó de nuestras pasiones en provecho de las suyas.

No fueron tales, sin embargo, ni mi destino ni el de mi amigo; y si he hecho mención de nuestras amistosas reyertas, ha sido porque al pensar en el desenlace imprevisto que tuvieron para él, no puedo menos de reír.

Concluidos los cinco años de estudio fuimos investidos con los títulos de licenciados en medicina

los dos en el mismo día. Tenía entonces mi amigo veintiséis años, y yo veinticuatro. Quiso ir conmigo á Pau, confiándome que pensaba hacer su declaración á mi hermana, si ésta seguía teniendo libre el corazón. No confiaba yo mucho en que sus deseos se realizasen, porque Juana á los veintiún años era la misma que á los diez y siete, más hermosa y más artista, pero desechando la idea del matrimonio sin vacilación ni duda alguna. Mi madre seguía siempre respetando su voluntad en este punto, y no le decía nada en ningún sentido.

Vianne era el mejor partido que mi hermana podía esperar. Estaba tan bien reputado en Montpellier, que podía sin gran esfuerzo crearse en seguida una buena clientela. Además poseía bienes de fortuna y no tenía ni padre ni madre que pudiesen discutir el nacimiento ó la posición de la que fuera á ser su esposa. Sólo tenía un tío ya anciano que no veía más que por sus ojos. Se hubiese considerado dichoso con que mi madre fuese á vivir con ellos á su casa de Montpellier, pudiendo de este modo vender ó alquilar la de Pau. Su petición merecía, pues, pensarse, y mi madre la admitió, pero nos dijo que era necesario no decir nada á Juana. El único medio de conseguir algo era que

Vianne, yendo á verla de cuando en cuando, lograrse agradarla.

Mi amigo se estableció en nuestro pueblo por algunas semanas bajo el pretexto de prodigar sus cuidados á un amigo suyo que residía allí, y yo partí en dirección á los Pirineos, donde iba casi todos los años á pasar algunos días para vigilar nuestra pequeña propiedad.

Esta vez estuve más tiempo, porque el antiguo médico de las aguas de *Saint Sauveur*, que me había conocido de niño y me quería mucho, había deseado siempre que le sucediese en sus humanitarias tareas. Hablaba ahora de retirarse, y al saber que me había licenciado me aconsejaba que hiciese diligencias para obtener su empleo, prometiendo ayudarme con su concurso durante algún tiempo, para impedir cualquier error de que pudiera ser causa mi juventud é inexperiencia. Estaba yo tan bien mirado en el país, que no había que temer oposición. Sin embargo, pedí tiempo para reflexionar. La clientela era buena, pero no fija, por lo cual tenía que establecerme en uno de los pueblos vecinos para pasar el invierno y tener en esta época del año en que no había bañistas, una clientela segura; mas no encontré ningún puesto vacante en las cercanías. Pasé una semana averi-

guando este punto importante, y quedé por fin sin saber qué partido tomar. No podía pensar en ejercer mi profesión en Pau, pues había allí más médicos de los que hacían falta, por lo cual no había pensado siquiera en establecerme en esta población; pero no quería alejarme mucho de mi familia, y San Juan de Luz estaba ya muy lejos, según la opinión de mi madre.

La casualidad debía muy pronto dar desenlace á esta situación.

Una mañana que subí á pasearme por entre el grupo de *chalets* situados en el pico Bergouz, ví dos viajeros que hacían su ascensión al pico, el uno á pie y el otro en una silla de manos.

El que iba á pie era un inglés de distinguida apariencia, un hombre cuya fisonomía agradable y cuidada representaba cincuenta años, mientras que su figura y cabellos blancos indicaban sesenta. La persona que iba en la silla de manos conducida por dos robustos montañeses, era una joven de veinticuatro años poco más ó menos, algo pálida y fatigada, pero extremadamente bella y elegante. No llevaban guía, porque no es necesario para la ascensión de Bergouz, que ni es complicada ni difícil.

Me eran conocidos casi todos los enfermos y

touristas de la localidad y sin embargo, no había visto nunca á éstos. Debían haber llegado la víspera por la noche, ó quizá aquella misma mañana.

Se detuvieron en una cabaña, y el viejo pastor dueño de ella se apresuró á ofrecerles leche. La joven rehusó, diciendo que acababa de almorzar en *casa de Bielsa*, es decir, en casa del que tenía mi parador alquilado. El *gentleman* le dijo algunas palabras en inglés. Ella no debía ser inglesa, pues no comprendió bien é hizo que se las repitieran. Entonces el caballero dijo en un francés puro y correcto:

—Es necesario que descansen esos hombres y que beban un vaso de vino.

Preguntó al pastor si había vino. Siempre habría algunas botellas de *ocultis*, pues aunque el pastor había hecho trato con el que tenía alquilado nuestro parador, obligándose á no vender más que leche, no era probable que lo cumpliera rigurosamente. Noté que mi presencia, aun cuando aquello no tenía nada que ver conmigo, le impedía responder, y me alejé por no estorbarle, siguiendo el sendero de subida.

Volví á bajar al cabo de algunos instantes; mi intención no era subir al pico, cuya piedra más pequeña me sabía de memoria, sino volver á ver

el pálido y encantador rostro de la joven. Estaba acostumbrado á encontrar, tanto á las más hermosas viajeras como á las más feas y había hecho bastantes años de mozo de comedor, para mirar á todos aquellos pájaros de paso como caza fuera de tiro.

Únicamente, como á la edad que yo tenía se miran siempre con interés esos personajes, sean de la clase que quieran, había adquirido cierto discernimiento y distinguía perfectamente una compañera legítima de una asociada *eventual*; una noble inglesa excéntrica, de una aventurera preciosa; una parisíen de la *fashion* ruidosa, pero perteneciente á la buena sociedad, de una cortesana vestida con el mayor gusto y que pareciese del mejor tono. Mi padre que embrollaba todo esto, y mi madre que no lo comprendía ni poco ni mucho, se admiraban de mi perspicacia cuando después de salir de nuestra casa les explicaba yo qué clase de gente era la que acababa de marcharse.

Volví, pues, sobre mis pasos y examiné á la viajera, sorprendido de no poder conocer su verdadera condición.

La elegancia era irreprochable. Una mezcla del gusto francés y de la sencillez británica. Era in-

dudablemente francesa y parienta de aquel inglés, del cual no debía ser hija, pues no se le parecía y sólo tartamudeaba su lengua. Podía ser lo mismo su querida que su mujer; pero en el primer caso no era una querida vulgar, pues él la seguía paso á paso, ofreciéndola la mano para saltar una piedra é inclinándose, aunque ya no estaba muy ágil para separar una rama de su camino.

Extrañé verles aún allí paseándose alrededor de la choza y como esperando. El pastor me dijo en voz baja que uno de los mozos que llevaban la silla de manos se había puesto súbitamente enfermo, y me rogó que entrase al establo, donde se había echado sobre la paja y se revolvió, presa de violentos calambres de estómago. El pobre me suplicó que no se lo dijese á sus viajeros.

—Esto se me pasa—dijo;—cinco minutos de descanso, y vuelvo á ponerme en camino.

Yo le conocía y sabía que aquellos calambres no se pasaban tan fácilmente. Le prohibí que se pusiera en camino, y le dí un calmante que llevaba conmigo, aconsejando á su compañero que bajase al parador, donde era muy fácil que encontrase otro mozo, encargándome de ir á explicar á los viajeros el accidente por que estaban detenidos.

—Pues bien—dijo la joven—subiremos á pie. Se puede subir á pie muy bien, ¿verdad?

—Muy bien—respondí.

—No—dijo el inglés;—tres horas de marcha es demasiado para vos, querida mía, y me opongo á ello en absoluto.

—¿Pero se necesitan tres horas?—exclamó ella dirigiéndose á mí.

—Sólo habrá hora y media de camino.

—Pues bien, decídselo á *mi marido*.

Miré al inglés, que no pestañeó.

—Se puede hacer una cosa muy sencilla, y es, que llevéis vos la silla de la señora con el otro mozo que no está enfermo.

Y al verme sonreír añadió:

—Pagaré cuanto queráis.

Yo estaba vestido lo mismo que un montañés, según era mi costumbre en cuanto llegaba al país: el pastor, que me había conocido niño, me tuteaba: así es que era natural que me trataran de aquel modo. No me ofendí, pero me negué, diciendo que nadie tiene derecho á llevar una silla de manos sin tener la licencia que se da para esto.

—Entonces, esperemos—dijo el inglés.

—No, no esperemos—replicó su mujer.—Que vaya el mozo á buscar otro y que se nos reúnan

arriba. El pastor, ó bien este joven (y me señalaba), nos servirá de guía. Vamos, amigo mío, ¿consentís?

—Sí, con tal que tengáis un guía para sosteneros; pero el pastor es muy viejo y ese joven no es guía tanpoco.

—Eso no importa—respondí;—puedo guiar por el pico Bergouz, donde los viajeros no corren ningún peligro y no es, por este motivo, indispensable un guía de oficio.

¿Por que dí esta respuesta que debía decidir mi destino? Lo ignoro. Hay momentos en que no tenemos conciencia de la impulsión que recibimos. Esta impulsión nació en mí de la mirada suplicante, é imperativa al mismo tiempo, que la joven me dirigió.

Recibí con un movimiento de sorpresa prontamente reprimido el paletó y el quitasol que el inglés arrojó negligentemente sobre mi hombro, y eché á andar delante.

Estaba picado por no sé qué curiosidad, al mismo tiempo que sufría extraña fascinación. Aquella joven me recordaba la emoción que había sentido en Burdeos al ver durante dos ó tres segundos la poética figura de Manuela Pérez. Era, por lo que yo podía acordarme, un tipo de la mis-

ma clase, ni alta ni baja, más bien delgada, con inimitable gracia, cabellos oscuros ó negros; pero ésta tenía más distinción y menos viveza. Era una parisíen *pur sang*; su acento no dejaba la más pequeña duda.

V.

Estaba, como ya he dicho, bajo el imperio de una fascinación completa, y al mismo tiempo debo añadir que de una desconfianza singular. Mi educación, mi naturaleza, la influencia de la casta atmósfera en que siempre había vivido, habían hecho de mí un compuesto raro de impetuosidad y de prudencia; pero llegaba el momento en que la juventud y la inexperiencia recobraban sus derechos.

La joven que tanto me preocupaba iba andando delante de mí apoyada en el brazo de su marido; no se tuteaban, y él la llamaba Elena y la juraba que no le causaba absolutamente nada aunque se apoyase bien en su brazo. Ella respondía que estaba segura de lo contrario y que la dejase andar sola.

La cuestión estuvo pronto resuelta, porque el